

APRENDER A CONVIVIR EN UNA SOCIEDAD ATERRORIZADA

MARTÍN RODRÍGUEZ ROJO

RESUMEN

Si este artículo pretende estimular el aprendizaje de la convivencia, principalmente en el ámbito de la escuela, es porque existen causas que producen el hecho de la violencia. Cuando hay violencia no existe convivencia. Por eso, la primera parte del trabajo se centra en una descripción de la violencia física, estructural y cultural. Pero, también se desea salir de ese atolladero del que la humanidad no ha sabido, aún, emerger. ¿Será posible? Creemos que sí, a condición de que la sociedad se lance sin temor y afirmatividad a la construcción de una cultura de paz. Finalmente, la tercera parte de este escrito termina cerrando el discurso, pidiendo socorro a la escuela, a la educación. Si ésta enseña a convivir, usando los instrumentos técnicos al uso, no sólo conseguirá ser ejemplo de convivencia para sí misma, sino que también contribuirá a crear espacios de comunicación dialógica en el entorno que la rodea. Definitivamente y como siempre, seguiremos estando agradecidos a sus servicios.

ABSTRACT

This paper tries to stimulate a way of learning to live together, especially at school, because there are causes which are responsible for violence. When there is violence, there is no co-existence. That is why the first part of this work is centred on the description of physical, structural and cultural violence. But we also want to get out of this situation from which humanity has not yet emerged. Is it possible? We think so, but with one condition, which is that society should undertake without fear the creation of a peace culture. Finally, the third part of this work, tries to complete the discourse, asking for help from schools and to education. If education is able to teach us to live together, it will, not only manage to be an example of living together in itself, but also, it will help to create communication spaces in its surroundings. As always, we will be really grateful for its services.

PALABRAS CLAVE

Violencia, Convivencia, Educación, Escuela, Cultura de paz.

KEY WORDS

Violence, Live together/Co-existence, Education, School, Peace culture.

Estamos en una sociedad violenta y tenemos que aprender a convivir. Es esta última, una actitud de la que no estamos muy sobrados. Dividiré el discurso en tres partes:

- Una sociedad violenta.
- Hacia una sociedad pacífica.
- Podríamos caminar aprovechando las cualidades de una escuela dialógica.

I. UNA SOCIEDAD VIOLENTA. LOS HECHOS

Es conocida la clasificación de violencia que el sociólogo sueco J. Galtung hizo ya hace bastantes años. La más tradicional es la que él llama violencia física. A la paz que se opone a la violencia física, se la llama paz negativa o paz consistente en eliminar la guerra. Consiste en no matar, en no vivir en guerra, en no acosar físicamente, en no hacer daño corporal a nadie. Muchos «noes».

La segunda clase de violencia es la violencia estructural. No son sólo las personas físicas quienes producen daño al prójimo; sino también las instituciones, las leyes, las normas económicas de los bancos, la hipócrita sonrisa de los grupos multinacionales o transnacionales que te ofrecen con la derecha lo que roban con la izquierda. Es una violencia sibilina, apenas perceptible. Muchos no son conscientes de su existencia. Incluso, algunos la justifican como algo necesario y útil. Unos terceros se aferran a esas leyes más que a la ética de fondo que debería presidir cualquier normativa. Son los leguleyos. Los que son más papistas que el Papa. Los que sobreponen el cumplimiento estricto de la letra de la ley al espíritu de la misma. Antes, a este tipo de personas se les llamaba fariseos. Veían el polvillo en la terraza del vecino y no advertían la ridiculez en que caían. Los fariseos de ahora encubren el crimen de su avaricia, con sus proteccionismos, con la carga que imponen a los artículos del mundo empobrecido y con la recarga en el precio de los productos elaborados sobre la materia prima, adquirida a costo de saldo y revendida a cobro de oro. Para ellos, el hombre tiene que vivir para la ley y no la ley para el hombre. Se entiende, para la ley que ellos mismos han promulgado, de ninguna manera opuesta a sus intereses. Por el contrario, se trata de leyes relativas al campo de las finanzas, al ámbito de la agricultura o de la industria, donde esos grandes magnates de cuello blanco son los accionistas mayores.

La violencia estructural se desenvuelve a través de hechos positivos. No niega, apenas prohíbe. Más bien ordena y manda, señala metas y objetivos. Propone con mano suave proyectos creíbles, pero engañosos en el fondo de sus intenciones.

A la paz opuesta a esta violencia estructural, Galtung la denomina paz positiva. Ésta no se conforma con ser sólo negativa, con decir no a la guerra, sino que se empeña en luchar por la justicia. La paz positiva abre un campo inagotable de trabajo. Hay que repensar el mundo. Hay que mejorar los análisis y la reflexión. Hay que interpretar la sociedad a la luz de los Derechos Humanos. En una palabra, la paz positiva no tiene límites en la eliminación de la violencia. Se opone al hambre de las tres cuartas partes de la humanidad, a la corrupción de los políticos y de cualquier ciudadano, a la falta de vivienda, a los salarios basura, al paro degradante, a las pateras de inmigrantes que mueren por soñar y a los buques que trafican con carne humana, al Norte que cierra sus puertas a los que no comen en sus países de origen, a los

caciques del Sur que sólo han aprendido en las universidades europeas o norteamericanas las técnicas del engaño y de la usura, el despilfarro y el lujo lujurioso.

Amplio campo, imposible para los cobardes y comodones. Bello ideal para los realistas que creen en la utopía.

De una tercera violencia dan cuenta, no sólo el autor de «Sobre la paz», sino también otros pacifistas clásicos y modernos: Kant, Gandhi, Lanza de Vasto, Paco Cascón, Jesús Jares, Milani, Freire, Pérez Esquivel.

Me refiero a la violencia cultural. Consiste ésta en tapar la clara transparencia del pensamiento. Una cultura violenta inunda las pantallas diurna y nocturnamente. La violencia cultural se aferra a la mentira, a la desinformación, al fragmentarismo informativo, a la presentación de los hechos descontextualizados, a conservar lo corrupto y corrompible. Violencia cultural es legitimar al poder, cuando éste no es democrático o se inclina por favorecer a un grupo social por encima de otro.

La Universidad ha caído en este tipo de violencia. De sus aulas han salido, también, los Hitler y los Mussolini, los Stalin y los Milosovic, muchos etarras que sólo saben matar y muchos generales que saben organizar los escuadrones de la muerte. En nombre de la cultura del «pensamiento único» se justifica la venganza y la destrucción. ¡Qué ocasión tan magnífica ha desaprovechado la cultura occidental, el 11 de septiembre del 2001! Ahora podemos preguntarnos, a la vista de las decisiones tomadas por los gobernantes occidentales, presididos por el Presidente de Los EE. UU., ¿es nuestra cultura superior a la cultura del terror? ¿Por qué se responde al terror con más terror? ¿No sería más propio de la cultura democrática, la del diálogo con todos, establecer un debate serio y universal en la era de la globalización? ¿No es propio de una cultura científica analizar la complejidad y el contexto, sin reducirse a planteamientos lineales, causa - efecto, y acordes con una simple mirada inmediatista, simplista y superficial?

Edgar Morin, sujeto de una cultura francesa y en línea con la UNESCO, reflexiona sobre la incertidumbre y sobre las distorsiones del conocimiento. Éste nos puede engañar, concluye. Por eso, es necesario confrontar a Oriente y Occidente, a las diversas culturas existentes en el mundo y aprender de la intersubjetividad, más bien que confiar en la errónea decisión de un solo experto, por muy sabio que éste sea.

George Bush no es el profeta del siglo XXI. Nadie puede hablar en nombre de Yhavé o de Alá. Sólo el arrogante se atreve a oponer el reino del Bien contra el reino del Mal. ¿Quién es capaz de justificar la hecatombe de un país indigente y, a la vez, subyugado a un fundamentalismo religioso por mor de unos popes fanáticos, en nombre de un orgullo herido? ¿Cinco mil personas bajo los escombros de unas torres gemelas? Locura de algún exaltado. Injustificable, sin duda. Pero aquel mismo 11 septembrino, otra bomba, la del hambre, mató a millares de niños inocentes. Aquel mismo día nadie tocó la alarma a favor de los asesinados por el sida o por la deuda externa de decenas de países explotados. Los aviones del Norte (Banco Mundial,

Fomento Mundial de Inversiones, Organización Mundial del Comercio) impactaron con mayor fuerza y destrozaron más vidas en los desiertos de la indigencia. No se hicieron manifestaciones en contra. No se celebraron misas ni actos religiosos para pedir clemencia a los dioses.

¿Son justos los principios jurídicos que sostienen la ley del Talión? ¿No fue condenada hace siglos por el pregonero de una Buena Nueva, de la cual se consideran seguidores aquellos mismos que deciden vengar ojo por ojo, u ordenar buscar y traer vivo o muerto, a los pies del vengador, al cerebro de una incalificable masacre? Una cultura superior es superior si construye, ejerce y vivencia actos de superior calidad. Responder a la guerra con más guerra es acientíficamente comprensible, y culturalmente rechazable. No se puede edificar un «orden social nuevo» con teorías viejas y atrasadas. La violencia engendra violencia. Tan violento es el misil ciego y destructor, como los postulados culturales que defienden la violencia vengativa del diente por diente, o la baja de 100 unidades «de las suyas» por cada unidad destruida «de las nuestras».

Sólo «otro mundo será posible» si son defendidos otros principios éticos que recen de otra manera, que entonen otros salmos diferentes a los que canta el enemigo a quien se desea superar.

Mientras tanto, esta humanidad que se levanta todas las mañanas y ve ponerse el sol todas las tardes, se comporta como un grupo de androides, no de humanos. Sociedad prehumana podríamos apellidarla, pues en este estadio evolutivo se encuentra quien no ha desarrollado la facultad específica de la raza humana. Propia de ésta es la razón individual y colectiva preñada de intersubjetividad y de diálogo. Inherente al raciocinio es la conversación, el abrir luces como fruto de la discusión, el entendimiento argumentado, diría J. Habermas. Cuando se esconden las palabras, tampoco aparecen las cosas en su verdadera entidad. Son el hombre y la mujer quienes construyen la racionalidad con la palabra. Racionalidad comunicativa, llena de apertura y esperanza.

¿Cómo es posible, ante tan trágico panorama, que este aterrorizado mundo subsista? ¿Cómo es posible que en medio del horror y del terror siga creciendo la hierba del ser que se llama humano?

Sólo se me ofrece, por ahora, una explicación. Para sostener lo insostenible no hay más remedio que echar mano de algunas columnas que mantengan en pie el desorden desordenado. Columnas de humo, en verdad. Pero columnas que, cual las tortugas de la mitología griega, sostienen el planeta. Son las columnas de los ejércitos. Es el militarismo como filosofía, dice Vicent Fisas (1987). Ya que un mundo colonizado por el poder, el dinero y la inmoralidad no tiene razón de ser, si queremos llamar humano a ese mundo, la única sinrazón que intenta racionalizar el «statu quo» es la razón de la fuerza, la violencia institucionalizada, el endiosamiento de la guerra universal, la tercera guerra mundial en la que nos encontramos inmersos. Una violencia bien pagada que tiene sus manifestaciones en las esferas económica, social, militar, cultural y religiosa. Voy a detenerme en presentar datos que prueben la existencia de violencia en dichas vertientes.

Empezaré por la violencia en la esfera económica:

Según el Informe sobre desarrollo humano 2000 (UNESCO,2000)

- Corresponde a los 48 países más pobres del mundo menos del 0,4% de las exportaciones mundiales.
- La riqueza combinada de las 200 personas más ricas del mundo ascendió a un billón de dólares en 1999, mientras los ingresos combinados de los 582 millones de habitantes de los 43 países menos adelantados ascienden a 146. 000 millones de dólares. (p. 82).
- Como consecuencia de esa pobreza, más de 300.000 niños mueren diariamente a causa de enfermedades que en su mayoría podrían evitarse (p. 8)

La violencia en la esfera social queda patente en la constatación de:

- los cien millones de niños que viven o trabajan en la calle.
- El sometimiento de 85 a 115 millones de niñas y mujeres a alguna forma de mutilación genital y a los más de 10 millones de refugiados y 5 millones de personas que ha sido internamente desplazadas.

No se queda atrás la violencia en la esfera militar:

- Las guerras y los conflictos internos ocurridos en el decenio de 1990 obligaron a 50 millones de personas a abandonar sus hogares.
- Hay unos 500 millones de armas pequeñas en circulación en todo el mundo.
- En el último decenio las guerras civiles han causado la muerte a cinco millones de personas en todo el mundo.
- Los conflictos armados infligieron lesiones a más de 6 millones de personas en el decenio de 1990 (p. 36).
- Angola es el tercer país más minado del mundo. En sus tierras están sembrados unos 10 millones de minas que producen el abandono del cultivo de esos campos y donde las reses no pastan. Esas minas han producido 200.000 mutilados. Importa saber que las minas resultan ser un armamento barato y muy «efectivo» desde el punto de vista militar. Una mina antipersonal puede costar menos de 3,1 euros, mientras que desactivar cada una de esas minas o submuniciones costará 841,42 euros, además de entrañar un grave riesgo para quien realice la operación. Se estima que desactivar una mina cuesta, por término medio, doscientas veces más que su colocación.

La violencia en la esfera cultural ha producido:

- La muerte de 90 periodistas y otros funcionarios de los medios de información durante el desempeño de sus funciones en 1999 (p. 5).
- La existencia de 900 millones de adultos analfabetos, 130 millones de niños sin escolarizar, y más de 100 millones de niños que abandonan la escuela antes de tiempo. (Delors, 1996, 25).

¿Por qué se da esta violencia cultural? Tal vez las palabras de un experto de la UNESCO nos abran uno de los caminos que nos acerquen a encontrar alguna explicación: «Entramos en una época en las que las certidumbres se desfondan. El mundo está en una fase particularmente incierta, porque las grandes bifurcaciones históricas no se han tomado aún. No se sabe hacia dónde se va. No se sabe si habrá grandes regresiones o se van a desarrollar guerras en cadena. No se sabe si un proceso civilizador conducirá a una situación planetaria más o menos cooperativa. El porvenir es muy incierto». (Entrevista a Edgar Morin, 1993).

¿La sensación de incertidumbre e inseguridad vuelve violentas a las personas?

Carlos Taibo (2002, 282) propone otra razón para entender la muerte de la cultura, cuando alude al rapto de la libertad del pensamiento por el colorido y la unidimensionalidad de los intereses materiales. Se expresa así:

«Cuando la esfera comercial comienza a devorar a la cultural, amenaza con destruir los mismos fundamentos sociales que dieron lugar a las relaciones comerciales».

Se impone, pues, el desbloqueo de la inteligencia socioeconómica. Se necesita la reforma del pensamiento, si queremos que la sociedad europea no se encuentre sin proyecto. Ante el triunfo de la cultura de masas, que imponen los grandes medios, las televisiones y la publicidad, el empeño de quienes luchan por la paz debe paliar y recibir con espíritu crítico la excesiva americanización de la cultura.

Preguntado Gandhi, en cierta ocasión, sobre qué pensaba de la civilización occidental, respondió: «Creo que sería una excelente idea». En efecto, la violencia cultural ahoga la creación de una cultura global a la que se le impide aflorar por la presión que ejerce la cultura de una sola nación, fruto de la imposición y no precisamente del mestizaje. Ojalá se produjera en el mundo una contracultura de los valores universales en contra de la cultura economicista que sostiene como gran principio la defensa de la propiedad competitiva, propia de los grupos del poder financiero que intentan impregnar a las Universidades y a los centros de enseñanza de ese particularismo con ganas de sobreponerse a la sabiduría del debate y del contraste dialéctico de opiniones libremente expresadas. Occidente, como advierte Gandhi, adolece de una cultura propia, porque se ha dejado absorber por la molicie de la evasión.

La violencia del más fuerte llega a oponerse a los derechos humanos generalmente admitidos por la mayoría de la Humanidad. A modo de ejemplo, véanse los nueve casos siguientes (Fernández Durán, 2001) donde se niegan principios elementales de justicia y de política social razonable:

1. El rechazo al tratado de prohibición y uso de las minas antipersonales.
2. El boicot a la conferencia de las NN. UU. sobre limitación de armas ligeras que provocan medio millón de muertos al año.
3. La denuncia del tratado que desde hace 30 años prohibía las armas biológicas.
4. El relanzamiento de la industria bélica nuclear al negarse a ratificar la prohibición total de ensayos nucleares.
5. La negativa a prescindir del tratado ABM con Rusia para poder, a cambio, impulsar el escudo antimisiles.
6. La negativa a ratificar el tratado de creación del tribunal penal internacional.
7. La repulsa a controlar los paraísos fiscales, tal y como tímidamente proponía la OCDE.
8. La no ratificación del convenio de biodiversidad.
9. La preparación de una ley que impedirá al tribunal de La Haya juzgar a las tropas estadounidenses.

El lector habrá descubierto en estos nueve puntos de in-humanidad la voluntad política de un Estado del Norte. Un país que se yergue sobre el resto de países por su poderío militar en los tres ámbitos de intervención bélica: tierra, mar y aire. Los observadores políticos hablan de un unilateralismo del poder. «Tambores de guerra permanente en la gestión del capitalismo global» llama Fernández Durán (2001, 301) a este imperio unilateral, autoconsiderado suficiente para gobernar el planeta, prescindiendo de cualquier otro organismo (ONU, por ejemplo) cuando sus particulares intereses están en juego.

Finalmente, se observa una violencia religiosa. Evidencias de tal afirmación pueden encontrarse en:

- El peligro de los fundamentalismos. En nombre de Dios se ha matado a cientos de miles de personas. Algunas guerras civiles han sido consideradas por la Jerarquía eclesiástica como sacrosantas cruzadas en contra de los enemigos de la fe. La novela de Saramago *El evangelio según Jesucristo* puede interpretarse como un canto en contra de las matanzas y de las masacres cometidas a lo largo de los siglos por defender una exégesis oficial de un personaje no abarcable por un solo enfoque, y menos si éste se presenta con carácter dogmático.
- En el hecho de que a los pies de los llamados «santos lugares» han muerto miles de personas.

- En la confirmación de que los lugares más conflictivos del globo han sido y siguen siendo aquellos donde se entrecruzan las tres religiones monoteístas más importantes de la humanidad. Corán, Biblia y Catecismo. En nombre de estos fanatismos se ha valorado y defendido la guerra como un instrumento legítimo para superar los conflictos. Craso error que salta a la vista, a medida que los días avanzan.

Las consecuencias de la violencia existente en estas cinco esferas han sido, al menos en buena medida, los genocidios recientemente cometidos en los territorios de la antigua Yugoslavia; los etnocentrismos de los cuales no es ajeno el tradicional eurocentrismo y, actualmente, las tristes circunstancias en que se producen las oleadas de inmigrantes en todo el mundo.

Pero, tal vez, no sean éstas las peores consecuencias de la violencia. Quiero pensar que se está produciendo lo que podríamos denominar la colonización de la escuela o trasvase de la violencia ambiental al recinto escolar.

- Así, por ejemplo, el autoritarismo social imperante en la ciudadanía encuentra su correlato escolar en una metodología didáctica que trata al infante como un pequeño homúnculo, sin entidad propia, simplemente como un futuro personaje que será tal en cuanto imite los valores de los adultos, a cuya imagen y semejanza debe tender, sin dejar paso a la creatividad personal de todo ser racional.
- El pasotismo ciudadano ante la política y el compromiso adquiere su traducción escolar en el cómodo dejar hacer de ciertos profesores ante algunos alumnos que manifiestan una especial dificultad para el aprendizaje.
- El inmediatismo social consistente en llegar pronto a conseguir rendimientos económicos, aunque fuere sin producción fabril a costa de la especulación de los accionistas o librecambistas de las finanzas se retrata en la escuela cuando los padres exigen a los maestros que sus hijos aprendan el programa antes que desarrollar las necesarias actitudes de la convivencia. Para ciertos padres es preferible que sus hijos lleguen cuanto antes al bachillerato, a la Universidad y al puesto de trabajo, aún a fuer de pasar por la vida sin el bagaje educativo que hace de un joven un ciudadano civilizado. Es suficiente para estos progenitores una escuela sin narrativa, sin proyecto y sin ideales. Basta con una academia que enseñe los contenidos cognoscitivos útiles para triunfar en el futuro, un saber que sea capaz de superar los exámenes y adquirir la promoción a final de los cursos.
- La concepción de la historia, tal y como la entiende Fukuyama, genera la escuela de la fatalidad. Nada se puede cambiar. Todo está conseguido. Siempre sucedió lo que sucede. Será, pues, inútil y de ingenuos superar todo pragmatismo, se sostiene por el común sentir engañado y a-reflexivo. Este fatalismo cultural violenta la evolución de las cosas y tiñe a la educación y a sus instituciones de negrura y pesimismo. Crea jóvenes sin ilusión que sucumben ante la necesidad de un compromiso social.
- El americano Postman (1999) en su libro «El fin de la educación» critica la escuela pública sin proyecto, una escuela sin rostro, fruto de una sociedad sin valores, y reivindica la urgencia de «crear un público» más que «servir a un público». La

escuela, dice dicho autor, debería ofrecer y defender un ideario democrático que hiciera surgir un público convencido de unos valores universales. Todo lo contrario de una escuela seguidista de la moda y de los caprichos de la audiencia. Pero es difícil crear ese pensamiento democrático si no hay una propuesta clara y convincente. Ésta sería la obligación de un Estado convencido y representante de una sociedad aclarada en la legitimación no de la violencia, sino de la paz. Detalle que cada día está más alejado del modelo social propuesto por los defensores de la sociedad del mercado sin trabas.

- Igualmente el militarismo impenitente del siglo XX y del aún corto siglo XXI penetra en el espacio escolar a través del cansancio y la falta de imaginación para solucionar los conflictos por vía del diálogo. En su lugar, resulta más expeditivo y más contundente acudir al castigo o a la separación de los dotados de los menos dotados. Separar a los listos de los torpes e imponer el establecimiento de itinerarios a una temprana edad implica forzar la naturaleza de los alumnos menos maduros y usar las armas de una decisión unilateral y poco consensuada.
- El apoliticismo que se respira, como regla general, en las conversaciones de la calle, en la carnicerías y en las tiendas de ultramarinos, en el metro y en los bares, en las plazas y en los parques también encuentra su sede en una escuela que se confiesa a sí misma apolítica. El profesor que se considera neutral, a quien no le interesa la política, el que se limita a los contenidos del libro de texto, el que no mezcla los saberes culturales con los problemas vitales, es como el trasluz de esa mentalidad imperante en las sociedades primitivas que aún no han llegado al desarrollo del pensamiento crítico. Una escuela de este calibre deriva en una «escuela-isla» donde sus actores se autoengañan sin ser conscientes del error y de que otros dirigen sus pasos sin explicitar los hilos ocultos de sus ideas.
- Un octavo trasvase de la violencia cultural, vivida en los grupos sociales, a las aulas escolares consiste en la implantación de un currículo homogéneo que no contempla el multiculturalismo y, menos aún, el interculturalismo. Cuando los gobiernos «democráticos» consienten la muerte de los inmigrantes en las pateras que otros mafiosos han preparado para aprovecharse de la necesidad ajena, cuando ciertos colectivos «satisfechos» se irritan a causa de la molestia causada por los parados magrebíes que merodean en la plaza pública del pueblo en busca de trabajo, cuando nadie es racista y, sin embargo, saltamos al ser asaltada por «los otros» nuestra comodidad, estamos propiciando el ataque de la cultura mayoritaria a las minorías étnicas, a través del diseño y su implantación de los planes de estudio, repletos de la historia de los vencedores y vacía de la historia de quienes atraviesan, vencidos, nuestras fronteras.

En las columnas que siguen puede verse una síntesis de la colonización de la escuela por la cultura imperante en nuestra sociedad occidental y occidentalizada.

ESCUELA

SOCIEDAD

- | | |
|---|---------------|
| 1. Asimilación de la infancia | Autoritarismo |
| 2. Escuela sin esfuerzo | Pasotismo |

ESCUELA**SOCIEDAD**

- | | |
|--|--|
| 3. Escuela sin narrativa | Inmediatismo del accionariado empresarial |
| 4. Escuela de la fatalidad | Fin de la historia |
| 5. Escuela elitista | Etnocentrismo |
| 6. Escuela sin proyecto | Lo público sin rostro |
| 7. Escuela que sirve a un público | Hastío ciudadano a un público sin narrativas
ante ciertos gobiernos corruptos |
| a. Escuela con policías | Militarismo |
| 8. Escuela blindada por el metal del euro. | Economicismo |
| 9. Escuela del triunfo de bachiller a director | Publicidad |
| 10. Escuela isla | Apoliticismo |

Voy a terminar esta primera parte del discurso, resumiendo su contenido. He dicho que la violencia es una en su esencia y trina en sus manifestaciones. Atendiendo a las esferas donde lo violento se concreta, me he referido a una violencia física o bélica, a otra estructural o injusta y a otra tercera, la cultural o antiética. Me he extendido en mostrar las manifestaciones de la última violencia, la cultural, dado el destino del presente artículo. He intentado hacer ver cómo se produce una colonización de la escuela por el imperio de una mentalidad violenta reinante, desgraciadamente, en nuestro entorno cercano y lejano. ¿Resultado? Que el comportamiento de los seres a los que llamamos humanos más se parece al de los prehomínidos o androides que al de los entes racionales.

¿Será ésta nuestra «condición»? ¿Es posible pasar de una sociedad violenta a otra pacífica?

II. HACIA UNA SOCIEDAD PACÍFICA. EL DESEO

Para responder a la pregunta anterior no tenemos espacio en estas páginas. Habrá que sintetizar la respuesta, recogiendo aquí el grito de los antiglobalistas: «Otro mundo es posible». Y, en verdad, debemos afirmar, en contra de ciertos psicólogos de la violencia, que si bien el ser humano tiene manifestaciones violentas, él no es violento por naturaleza. Y a esta sintética respuesta tendríamos que añadir el estudio de bastantes variables para acometer una mínima explicación de este deseo de cambio social y personal que proponemos como objetivo al cual hay que tender.

Admitamos, al menos, en el atrio de un urgente análisis, como gran principio, que para transitar de una sociedad violenta a otra pacífica será necesario crear y crear en una cultura de paz. ¿Cuáles serían los componentes de esta nueva cultura? Sólo enunciaré algunos, a mi juicio los más importantes.

1. Ya he dicho, la persona no es violenta por naturaleza. Es agresiva. Pero la agresión puede encauzarse y no necesariamente se identifica con un ataque violento contra los «otros». Podría ser, más bien, una enfática crítica contra la organización injusta de la

- convivencia, contra las estructuras socioeconómicas del orden establecido. En este sentido podríamos hablar de agresividad positiva. Nos estamos refiriendo al coraje de vivir en busca de la justicia o de la aminorización de las desigualdades que matan. José Emilio Palomero y María Rosario Fernández Domínguez (2001) recogen en un magistral artículo las teorías de los distintos autores sobre la violencia y sus causas.
2. Existe el conflicto. Lo malo es no admitir esta realidad, porque la primera exigencia para su regulación es reconocer el problema. Existe la injusticia y la desigualdad no justificada. ¿Quién dice que no? ¿Quiénes están interesados en hacer la vista gorda o en evadirse del análisis? Aquellos alienados que ignoran el principal deber de la mente: ver el entorno y ser sensibles a los hechos.
 3. Un tercer componente de la cultura de paz consiste en reconocernos miembros de una sola raza. Pertenece al mismo hogar paterno. En las llamas que chisporrotean por nuestras chimeneas se reflejan las mismas lágrimas que reverberan en la constitutiva indigencia de la naturaleza humana: el hecho de ser contingentes, entes enfermos, atados al tiempo. Nos une la limitación. Nos hermana la necesidad. Nos hace miembros de la misma herencia, el tributo de la muerte. Como consecuencia de habitar en el «humus» somos humanos.
 4. Consecuentemente, somos ciudadanos del mundo, no cavernícolas acurrucados en cuevas diferentes. No nos distancia el espacio. Nos dividen, por el contrario, las diversas concepciones de la existencia. Pero estas mentalidades son susceptibles de cambio y de mejora. Podemos, por tanto, ser ciudadanos del cosmos. Quiero afirmar que el siglo XXI podría generar la esperanza de sentirnos si no hermanos, desde ya, sí vecinos próximos dentro de las cuatro paredes de una aldea que se autorreconoce global. El mestizaje se afianza más cada vez que las personas podemos trasladarnos fácilmente de un continente a otro, de un país a otro, del pueblo a la ciudad, de la ciudad al pueblo.
 5. Si, en efecto, somos ciudadanos del este planeta azul, cada día se desdibujan los rasgos particulares de las culturas. Cambiamos el color de la piel por voluntad propia. Cantamos las mismas canciones. Nace el interculturalismo superando al simple y ambiguo multiculturalismo. Se afianza un intercambio enriquecedor como requisito imprescindible para el aprendizaje de la convivencia.
 6. Una cultura de paz es fruto del diálogo. Para que éste pueda crecer y mantenerse se necesita un estado de democracia. Pero, atención, la paz no se conjuga con democracias ficticias, engañosas, o de baja intensidad. La democracia no debe centrarse sólo en el ámbito político, sino también en el económico. Dice John Paul Lederach (1984) que la ciudadanía debe decidir sobre los presupuestos nacionales y desvelar los secretos militares y armamentísticos. La democracia es transparente y no admite los secretismos, los cuales sólo ocultan lo que no soporta la limpia y honrada evaluación de la base ensamblaría. ¿Es Porto Alegre un símbolo aproximativo del futuro democrático?
 7. Y si somos responsables de nuestro futuro, habremos de reconocer el derecho universal al desarrollo personal y mundial, como un instrumento necesario para autorrealizarnos y planificar ese futuro. El mal denominado Tercer Mundo —es más justo

hablar de pueblos explotados— prefiere oír hablar de reparto justo más que de «ceros sietes» o de ayudas al desarrollo. La verdadera cooperación internacional empieza por abandonar el cobro de las deudas ya pagadas con creces, más que por adelantar créditos para pagar intereses contraídos por la deuda. La Educación para el Desarrollo es una asignatura pendiente en todas las universidades del mundo y en todas las sedes diplomáticas de las naciones. El desarrollo es un derecho y un deber. No puede dejarse al arbitrio de los políticos. Las riquezas de la tierra no pueden acumularse a costa de nadie. Es injusto aceptar como moneda corriente aquel principio de la economía de mercado que enunciaba John Smith (1988): para que haya una persona muy rica se necesitan 500 pobres. Esa economía no se conjuga con la cultura de paz a la que nos estamos refiriendo.

8. Ya se ha dicho algo. Felicitémonos. No empezamos de cero. Se ha proclamado una tendencia propuesta como meta. Con defectos, es cierto. Pero supone un avance de conciencia solidaria. El lector ya ha atisbado que voy a escribir una frase: existe un catálogo de Derechos Humanos desde 1948. Es verdad que sólo es un catálogo incumplido, pero puede suponer un referencial para conquistar un compromiso. Contar con valores universales evita caer en absurdos o en el mayor de los absurdos: la evasión. Dejar correr las aguas al son del viento implica dar por bueno aquel idilio neoliberal: el mercado dejado a sí mismo, sin regulaciones externas, conducirá al mundo feliz del reparto justo. La historia ha demostrado su falsedad. El dios del mercado absoluto ha producido el absolutismo de la violencia y ha multiplicado el egoísmo. Es decir, ha producido la emersión de un océano convulsivo donde el pez grande come al pez chico. Se requiere, pues, ese elenco de Derechos Humanos que marque un camino a nuestra actuación humana. El absolutismo mercantilista necesita unos rieles que encaucen su trayectoria para respetar la libertad de todos y la dignidad de los que no han tenido la suerte de heredar emporios.

9. Finalmente, añadiré un último aserto a la cultura de paz: dar la vuelta a la globalización. Convertir la globalización neoliberal en «mundialización». Si aquella termina contradiciéndose a sí misma al crear enormes desigualdades y aumentar progresivamente la brecha Norte-Sur, ésta, la «mundialización» evita separar y lucha por la solidaridad. La casa-mundo es de todos. No debe ser fraccionada en piezas de distinta categoría: la del hermano mayor por prepotente o afortunado y la del menor por haber sido expoliado de sus derechos a una riqueza suficiente. Abogo, desde una cultura de paz, por una «mundialización» intercultural. Con ella no existirían muchas culturas superpuestas o amalgamadas. Existiría, por el contrario, una cultura intercultural, una fluencia de mutuas aportaciones. Un resultado rico por mestizo. Un intercambio de diferencias, sin romper el derecho a la igualdad de aspiraciones.

¿Es la globalización un fenómeno natural?, se pregunta Jesús Conill (2001, 228), filósofo profesor de la Universidad de Valencia. Se responde a sí mismo que más bien es un proceso impulsado por las tecnologías y por la voluntad libre de los individuos. Si es así, es un proceso gobernable y dirigible por los ciudadanos. La tarea del siglo XXI consistirá, precisamente, en injertar en la globalización una sustancia ética, el

convertidor del neoliberalismo global en otro sistema más solidario. O lo que es lo mismo: pasar de la globalización neoliberal al mundialismo de la justicia.

Estas nueve pautas podrían considerarse como nueve palancas para sacar del atolladero a la cultura de paz. La sociedad violenta se transformaría, así, en una sociedad pacífica. ¿Contamos, además, con alguna visión histórica, más estructurada, más organizada y sistematizada acerca de la cultura de paz, sobre la cual se pueda iniciar o seguir fundamentando el futuro de una respuesta pacífica más robusta y sólida? ¿Contamos con algún dispositivo, instrumento o técnicas más cercanas que nos faciliten este tránsito? Empezaremos por la primera pregunta en el apartado tercero para continuar en el cuarto con la segunda.

III. LOS ATISBOS DE UNA COSMOVISIÓN PACIFISTA

Los movimientos pacifistas se refieren con frecuencia a este anhelo de construir una visión abarcante y comprensiva de una sociedad justa donde reine la paz o la armonía relativa entre las personas. Donde el grado de violencia sea el menor que se pueda y donde el grado de cumplimiento de la justicia sea el mayor. Así se expresa Galtung en sus numerosas obras sobre la paz. Kant (1782) hablaba de la sociedad de la paz perpetua. Los grandes utópicos dibujaban sociedades ideales sobre postulados a veces grandilocuentes; en otras ocasiones, acomodados a su época, aunque inadmisibles hoy día. La ONU, en 1998, ha proclamado el año 2000 como Año Internacional de la Cultura de Paz, por su Resolución 52/15, del 15 de enero de 1998. Kofi Annan (1998), Secretario General de la ONU, proclama que cultura de paz no es sólo evitar el flagelo de las guerras, sino que implica desarrollo humano y justicia social. Galtung, en 1996, propuso una fórmula de cultura de paz a la que igualó con la suma de «paz directa + paz estructural + paz cultural».

En un ejercicio de ensayo personal sobre una cultura de paz, deberíamos partir, primero por saber *qué se entiende por cultura*. Digamos que es el conjunto de teorías, principios, postulados, axiomas, finalidades, conocimientos, contenidos, actitudes, habilidades y destrezas, modos de actuar, usos y costumbres, instrumentos y técnicas que caracterizan a una sociedad o a un grupo humano que intenta convivir civilizadamente. Este programa de vida es fruto del pensamiento y de la acción de los componentes de esa sociedad. Del mismo modo, digamos que por cultura se puede entender un conjunto organizado, coherente, racional y al mismo tiempo emergente, dinámico, relativo y lleno de incertidumbres. Se genera por la fuerza de la dialéctica dialógica, por el rigor y la espontaneidad de la palabra dentro de la conversación. Tal vez, la cultura sea la consecuencia de las relaciones entre los hombres y las mujeres, condicionadas, ciertamente, por la realidad físico-geográfica, por el poder de las instituciones previamente creadas por las personas, y por cualquier agente o entidad ajenos a lo estrictamente humano.

Dado que la cultura es producto de la humanidad y que ésta posee como algo propio y específico de su naturaleza, como algo característico de la raza humana, el relacionarse como exigencia de nuestra contingencia e interdependencia, se podría concluir que *la cultura pivota*

sobre la realidad social del conflicto que se origina en las relaciones entre los sujetos humanos. El conflicto persigue a la actividad humana, como la sombra al cuerpo. Estará aletargado o explícito, pero siempre demanda responderle. Es claro que para poder hacerlo, primeramente hay que conocerlo. Es por esta necesidad de conocimiento del conflicto como condición previa a su solución o, mejor, regulación, por lo que el conflicto siempre es interpretado. Se interpreta porque el conocimiento es interpretación subjetiva o intersubjetiva de opiniones. Cada generación, de hecho, ha tenido y tiene la suya.

Depende, por tanto, de la diversa interpretación que las distintas épocas de la historia hayan otorgado al concepto y salida del conflicto para que esas experiencias históricas resulten caracterizadas en su idiosincrasia y peculiaridad ante los acontecimientos y comportamientos de la vida.

A este respecto es importante conocer lo que dice el portugués, de Coimbra, José Manuel Marques de Silva Pureza (2001) describe *el sentido común conflictual defendido por la Modernidad*. Cita a Ken Booth, en la introducción a su libro, y siguiéndole en sus líneas maestras intenta definir lo que él llama cultura de la diabolización del otro. Hace más de 700 años que ha nacido la cultura política del conflicto como algo a eliminar a toda costa. Eliminar haciéndolo desaparecer. Una cultura que ha originado lo que Booth llama la guerra fría del pensamiento (cold war of the mind) y que legitima el antagonismo entre el yo y el otro; entre Estado-Estado; Grupo-Grupo, Continente-Continente. Como consecuencia, esta etapa de la Humanidad ha creído tener la obligación de prepararse (militarmente y con carreras armamentísticas) para defendernos del enemigo. El otro es un enemigo. Hay que estar prevenidos contra los posibles ataques o conquistas, invasiones o escaramuzas que el país vecino o el país más armado pueda infringirnos en el momento menos esperado.

Así ha pensado la Modernidad política que ha pasado por *tres etapas históricas formadoras de esta cultura del sentido común conflictual*. La primera etapa está representada por Nicolás Maquiavelo que en su *Il Príncipe* aconseja a éste la útil bondad de la violencia y del uso de la intriga y la astucia. En su época, los enemigos eran la nobleza y los señores feudales que atenazaban a su país italiano. No creo que cualquier táctica y estrategia, si éstas son revestidas de falta de eticidad, pueden ser recomendadas para solventar el conflicto. La Modernidad, impulsada por Maquiavelo (1469-1527), sin embargo, no hacía ascos a este planteamiento. El Jefe del Estado estaba por encima del bien y del mal.

La segunda etapa es protagonizada por el prusiano Karl Von Clausewitz, General de División y designado Director de la Academia de Guerra en 1818. Su teoría sobre el conflicto se apoyaba en la combinación entre las proposiciones generales con los constantes cambios producidos por las nuevas armas y las nuevas fuerzas políticas. La guerra era para él fundamentalmente política y político, por tanto, debía ser el mando que determine su curso. Es decir, los conflictos se solucionan con las armas en la mano. El que ha sido llamado por sus críticos, el profeta de la fuerza bruta, defendía la relación entre el poder político y el poder militar. Si los ejércitos son poderosos, trasladando su opinión a las circunstancias actuales, concluiremos que las naciones son poderosas. A mayor poder armamentístico mayor poder político. No en vano

el autor de *Sobre la Guerra* exigía a los analistas políticos la capacidad y la necesidad de investigar los más mínimos detalles que influyen en la buena marcha de las guerras, tales como el entusiasmo patriótico, el papel de lo irracional, de las emociones, del número de soldados. Análisis que no servía para regular el conflicto por vía no violenta, sino para organizar mejor el combate bélico, los escuadrones militares, la estrategia del ataque, la astucia en la batalla. Clausewitz simboliza, pues, la interpretación del conflicto como un problema que admite solución si se hace desaparecer al enemigo. Su filosofía se fundamenta en reconocer en el otro a una víctima potencial que habrá de sucumbir ante quien posea más fuerza que él.

La tercera fase la constituye el Tratado de Westfalia, 1648, por el que se puso fin a la guerra de los 30 años. Significó el primer intento de estructurar la política europea sobre las bases del equilibrio antagónico entre las diversas naciones surgidas a la caída del imperio. La filosofía del tratado representaba el triunfo de los principios de la individualidad y del racionalismo renacentista frente a la universalidad y el unitarismo religioso medievales.

La historia de la humanidad prosigue de reduccionismo en reduccionismo, intentado resolver el conflicto y creando otro. Si el unitarismo religioso acarrió muchos males a los compatriotas de la Edad Media, el individualismo y el racionalismo instrumental de la Modernidad trajeron la masacre de Hiroshima, la singularidad de Auschwitz y posiblemente, más cercano a nuestros días, el criminal acoso de Ramala. Triste sino éste de intentar resolver los conflictos, usando la herramienta más imprecisa y perjudicial, la más errónea. Es decir: la utilización de alguna estrategia manchada con el tinte de la violencia en mayor o menor cuantía.

A lo largo de esa historia de las sociedades violentas, que han atravesado las tres etapas dichas, se ha ido desarrollando una ideología con *cuatro pilares*: el etnocentrismo, el fundamentalismo ideológico, el reduccionismo estratégico y el realismo político.

El etnocentrismo es incapaz de ponerse en el lugar del otro. *El fundamentalismo ideológico* ha elevado a categoría intocable y sagrada lo que no es otra cosa que un posible error de mañana o una representación histórica de algunos optimistas ingenuos a quienes, como dice Álvaro Mutis, no se les han proporcionado todos los datos. *El reduccionismo estratégico* ha empleado durante la «guerra fría del pensamiento» para resolver los conflictos, un único instrumento: la fuerza militar. El cuarto pilar llamado por Booth realismo político, componente del sentido común conflictual, ha elevado a categoría mundial para solucionar los conflictos, lo que no ha dejado de ser un simple dato, ocurrido en algún problema aislado donde sí que ha aportado solución. Pero no se puede elevar a idea general o principio normativo ninguna norma descontextualizada o simplemente extraída de la observación de un hecho concreto. *El realismo político* se ha conformado con aplicar a la política internacional las reglas de conducta que han operado bien a nivel estatal. No basta el empirismo positivista para arreglar los problemas mundiales. Sobre los hechos fragmentados y desconectados de un problema están los valores que explican y dan dirección a la realidad factual. Por encima del buen funcionamiento de un elemento aislado, cual puede ser un Estado o una Región, está el conjunto del sistema mundial que requiere el bienestar de todos y cada uno de sus componentes. En un mundo interconectado, no son suficientes los planteamientos excesivamente simples por realistas que puedan parecer.

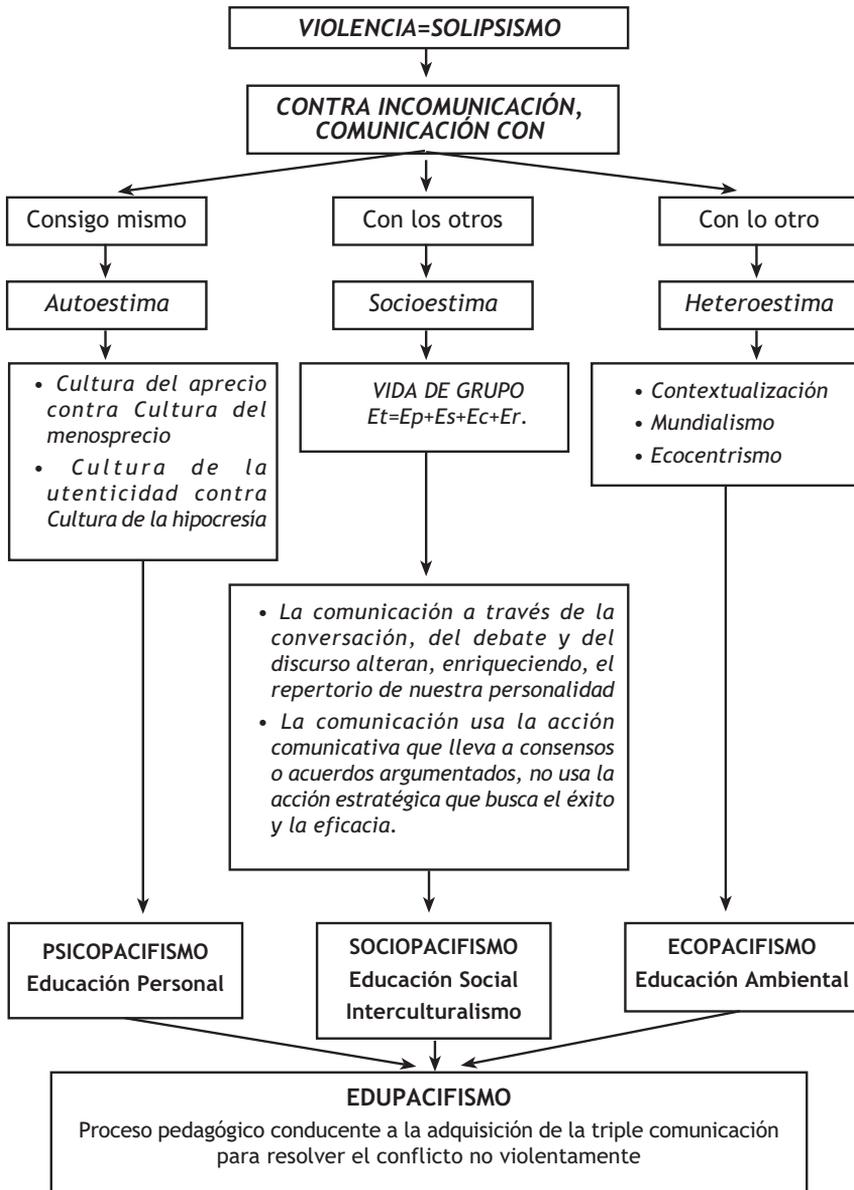
Finalmente, he de advertir de las *tres representaciones del mundo* a las que ha dado lugar ese realismo político. Son el individualismo estatal, la concepción de que para arreglar los conflictos interestatales basta con la lucha por el poder, y la apología del presente eterno.

Para el individualismo estatal, el Estado es lo único y lo primero. El mundo es una suma caótica de Estados. Los conflictos mundiales se resuelven desde el Estado y acudiendo a la fuerza si es menester, partiendo de la idea de que otro Estado distinto al propio es un enemigo potencial. La representación del mundo desde el sistema interestatal se reduce a entender el mundo como un campo de batalla por el poder. La política internacional «assume el interés nacional definido en términos de poder» como referencia primordial para relacionarse con los demás. La apología del presente eterno en su «búsqueda de regularidades que permitan interpretar la realidad internacional, el realismo mira obsesivamente al pasado en su tentativa de aprender de la historia, renunciando a pensar en la transformación de esa realidad», dice Booth (2002).

La Modernidad, por tanto, ha mantenido un concepto violento de cultura, donde el yo individual ha primado sobre el yo estatal y el yo estatal, sobre el internacional. El «otro individual o social» es un enemigo en potencia o a lo más un sujeto diferente de quien hay que estar prevenido, de quien hay que defenderse. El sí o el no, el blanco o el negro son la única coloración admisible de cualquier lectura de la realidad que se pretenda científicista. Galtung habla del síndrome DMA (Dicotomía, Maniqueísmo, Armagedeón), como la síntesis de una visión bipolar del mundo, en la que nosotros somos los buenos y los otros invariablemente los malos. Visión que nos conduce al enfrentamiento y a la proclamación del Reino del Bien contra el Reino del Mal. Desde el 11 de septiembre del 2001, se puede afirmar, impunemente, que quien no esté con el poderoso, con el amo de las torres abatidas, está contra él. Los demás son terroristas a quienes se les puede buscar, juzgar sin testigos, y encarcelar sin sujetarse a las reglas internacionalmente aceptadas sobre los prisioneros. Los terroristas no son prisioneros, son otra cosa. Los otros. Tal vez, objetos sin derechos. ¿»Indios sin alma», como algunos propugnaban en la «Controversia de Valladolid»?

Esta cultura de la satanización del otro o del sentido común realista, como prefiere decir Booth, ha recibido muchas críticas, cual es lógico suponer. Por mi parte, propongo una cultura de paz interpretada desde la teoría de la comunicación o mejor, desde la Teoría de la Acción Comunicativa (TAC), acudiendo al término habermasiano. Esta cultura de paz exige repensar la paz y la educación para la paz como un concepto pluridimensional y amplio. Prefiero presentar el siguiente esquema que posteriormente será brevemente explicado. Mi intención es afianzar, a través de este esquema, el concepto de educación para la paz, con el objeto de urdir desde ahí una nueva cultura de paz, contrapuesta a la cultura de la ignorancia o aniquilación de otro. Describiremos, así, una «post-moderna» (entendiendo aquí post-moderno en el sentido cronológico. Postmoderno sería, entonces, lo que viene después de la Modernidad) era de cultura de paz, donde se interpreta el conflicto de una manera contraria a la interpretación que la Modernidad hacía del mismo.

Educación para la paz desde la Teoría de la Acción Comunicativa.



Paso a explicar el cuadro. Se trata de concebir la Educación para la Paz (EpP) desde un enfoque crítico-comunicativo. Me apoyo, para ello, en la TAC de Habermas. Se parte de lo que por sentido común es opuesto a la paz, la violencia. La primera violencia que se comete es la que niega la propia naturaleza de nuestro yo. La persona humana es apertura, comunicación,

interdependencia, relación hacia la realidad física y social. «Esse ad». El solipsista o quien piensa que él es el ombligo del mundo, se siente solo y no se comunica con los demás porque se cree que se basta a sí mismo, es el primero en violentarse, en violentar su natural tendencia a la comunicación. Primer acto de violencia. Podríamos hablar de intraviolencia psíquica. Como consecuencia de ese solipsismo aparece la incomunicación, la pobreza casi absoluta, el cierre a la posibilidad de ser más.

La reacción pacifista ante este hecho, es la búsqueda de la comunicación. Abrirse a la existencia.

Esa apertura o comunicación puede y debe ser consigo mismo, con los demás, con lo otro o medio ambiente.

Si nos fijamos en la comunicación consigo mismo aparece inmediatamente una dimensión imprescindible de la EpP, la autoestima. El alto autoconcepto que uno debe tener sobre sí mismo. No es cosa fácil. Necesita educación. Para ello habrá que aprender la cultura del auto-aprecio en contra del menosprecio. Darse cuenta de los valores propios no es un acto de soberbia ni de hipocresía, sino de autenticidad y sinceridad, de verdad modesta, de respeto a la dignidad de cada uno. Es un acto, también, de valentía.

A esta dimensión individual la llamamos Psicopacifismo, porque consiste en la educación de los aspectos individuales o íntimos de la persona. Se trata de perfeccionar o desarrollar el mecanismo interno del yo.

La segunda columna recoge los actos de comunicación con los otros. Constituye la socioestima o consideración del otro, del socio, de los otros, de los grupos, de las asociaciones, de los diversos países, Estados, regiones, culturas, etnias, minorías, etc. Por supuesto que se abarca el trato o comunicación con el mundo de la inmigración.

Como amar y practicar la paz empieza por poco, por el respeto a lo pequeño, para llegar más tarde o simultáneamente, no importa cuándo, a lo más lejano, el esquema resalta la necesidad de aprender a comunicarse con el grupo de trabajo. Por eso, se dedica un apartado a enunciar en qué consiste la vida o energía de un grupo o equipo, siguiendo a Saint-Arnaud, Y. (1981). La Energía total (Et) es igual a la Energía de producción (Ep) o trabajar todos a una para conseguir un objetivo común. Cada miembro del grupo debe poner todo su esfuerzo para rendir y realizar bien su tarea que es una tarea común, por otra parte. Pero no es cuestión de trabajar cada uno mirando por su exclusivo provecho, más bien el grupo trabaja para que todos se beneficien. Es la Energía de solidaridad (Es). A veces, el grupo puede tener baches, depresiones, desánimos, desilusiones, ganas de abandonar el grupo, porque han salido mal las cosas, porque no han obtenido el éxito esperado. Entonces se necesita poner sobre la mesa del equipo la Energía de conservación (Ec). Alguien tiene que sostener al grupo, infundirle ánimos, impedir el desmoronamiento del proyecto, sacar fuerzas de flaqueza para seguir adelante hacia el cometido inicial con el que, al principio, los componentes del grupo se ilusionaron. Finalmente, hay que aludir a lo que resta después de haberlo dado todo. Siempre se encuentra una carta oculta, siempre es

capaz la persona de hacer un esfuerzo último para encontrar ese chispazo que faltaba, esa iluminación de postrema hora. Hablamos entonces de la Energía residual (Er).

Evidentemente, esta dimensión comunicativa está injertada en la esencia de la TAC o Teoría de la Acción Comunicativa (Habermas, 1989). Se busca el acuerdo, el consenso a través de la conversación, del debate, del discurso o empleo de argumentos cuando la simple comunicación no convence al interlocutor o éste ve afirmaciones poco creíbles y exige cuentas o pruebas. Es hora de argumentar. Se está usando, entonces, el discurso. Todo lo contrario de la acción comunicativa que busca acuerdos es la acción estratégica que busca el éxito, caiga quien caiga. Sin tener en consideración la ética de la comunicación ni la postura del otro. La acción estratégica es egoísta, aparentemente comunicativa, pero, en el fondo, es un monólogo, porque diga lo que diga el otro hablante, el estratega hará lo que le dé la gana, sólo seguirá sus intereses. No tendrá en cuenta las necesidades del otro ni sus aportaciones o puntos de mira. El otro para él es un objeto, más que un sujeto. Sus conclusiones son puramente subjetivas, y por tanto falsas, no intersubjetivas o más cercanas a la verdad. La verdad posible.

Después del recorrido por esta segunda columna, el concepto de paz y de EpP se ha enriquecido, ha ganado una nueva dimensión que se refiere a la educación social, a los aspectos educables de la persona en cuanto miembro de una sociedad. Lo llamamos Sociopacifismo y resaltamos una de tantas consecuencias que de dicho subconcepto se deriva: la educación para el interculturalismo. Problema actualmente acuciante en Europa, en España y en el mundo, en general.

Por fin, llegamos a la tercera columna. La comunicación con lo otro o heteroestima. Entendemos la heteroestima como la comunicación con lo que no es vida humana. Nos referimos a la apertura al ambiente, a la naturaleza, al respeto a la atmósfera, a las aguas, a los parques y jardines, a las montañas, a la pesca y a la caza, a la limpieza del entono, a la civilizada utilización de las papeleras y contenedores, etc.

La heteroestima empieza y acaba en la aceptación del paradigma contextual que tiene en mente la actitud del mundialismo o de la consideración de sentirse ciudadano del mundo. El sujeto que se abre al cosmos en su plenitud no rinde culto al antropocentrismo, sino que se siente una partícula de la inmensidad del espacio y se acepta como un servidor de la vida junto a otros y junto a otras muchas cosas necesarias para subsistir. Más bien es un admirador del ecocentrismo, dentro de cuyo modelo se lima su vanidad egocéntrica.

El aterrizaje de este tercer periplo se ejecuta en el aeropuerto del Ecopacifismo o educación ambiental.

¿Resultado de esta andadura en pos de una amplia conceptualización de paz y de EpP? El hallazgo de lo que hemos querido denominar Edupacifismo o como dice el propio cuadro: el Edupacifismo o EpP consiste en un proceso pedagógico conducente a la adquisición de la triple comunicación para resolver el conflicto no violentamente. Este es el objetivo de la EpP: comunicarse con las personas y con la vida para aprender que en las relaciones humanas y en

el mundo existe el conflicto, con el que tenemos que convivir y al que debemos no precisamente resolver, sino regular, pero no por vía militar o autoritaria, ni mucho menos coactiva, sino por vía del diálogo, de la comunicación. Digo no resolver, porque pueden existir ocasiones en que el conflicto no encuentre solución o, al menos, fácil solución. Será suficiente, entonces, conformarse con la aceptación de unas normas, un «modus operandi» consensuado entre las partes en litigio. No es poco, si de ahí nace la concordia y armonía entre las partes, si se proporciona seguir caminando, aunque fuere por un camino estrecho y pedregoso. Seguro que mañana llegará la solución, si continúa la buena voluntad hacia la regulación históricamente posible.

Como el lector habrá comprobado, este planteamiento sobre una cultura de paz, es distinto del que la Modernidad proponía. Es distinto, porque se da un significado diverso a la interpretación de los conflictos tanto individuales como nacionales e internacionales.

El conflicto para esta nueva cultura de paz es un sistema dialéctico que oscila entre los extremos de la afirmación y la negación, logrando quien intenta regularlo por la fuerza del diálogo, generar síntesis constructivas que sirven para avanzar y movilizar la tradición. Por debajo de esta concepción no está la convicción de que uno sólo posee la verdad, sino, por el contrario, subyace un principio de falibilidad humana que aconseja actuar de tal manera que las consecuencias de nuestras actuaciones sean reversibles. En el reverso de nuestras acciones se podría escribir: «Procede con prudencia. Puedes estar equivocado».

La convivencia ciudadana y el concepto del otro han cambiado de signo. No se trata ahora de una diabolización del prójimo, sino de una comunicación universal y abierta al otro, considerado como amigo potencial, no como enemigo «a priori». *Contra el sentido común tradicional de la cultura moderna*, que se afina en la territorialidad nacionalista y de la cultura mayoritaria, (no universal); oponemos, desde *la cultura comunicativa de la paz*, el sentido de interdependencia, interacción e intersubjetividad para mirar por los intereses comunes. *Frente al etnocentrismo de la Modernidad* que resolvía el conflicto a favor de la etnia sostenedora del poder, la nueva cultura de paz, cronológicamente «post-moderna» mantiene la riqueza del *interculturalismo* como campo común donde se avienen las diferencias. *Frente al fundamentalismo ideológico*, la modesta sabiduría de quien sabe que la ciencia ha perdido su virginidad. Ya no se concibe a la ciencia como la diosa de la certidumbre. Vivimos envueltos en tinieblas y el ciudadano del s. XXI tiene que *aprender a convivir con la incertidumbre* afirma Morin (1999). El positivismo decimonono que se aferraba a la verdad experimental como único argumento de verdad, se encuentra hoy ante la necesidad de admitir como verdad moral y estética también aquellas afirmaciones y asertos que se ciñen con el frágil cinto de la credibilidad. No sólo los hechos, sino también los valores ascienden al ámbito del tratamiento científico. Frente al reduccionismo estratégico que dilucidaba los conflictos por la vía rápida del poder militar como quien sólo halla un único paracaídas salvavidas, la cultura crítico-comunicativa de paz sabe que la violencia es una forma segura de reproducir esos conflictos, de vencer apabullando, pero no de convencer a largo plazo. Es consciente de que los medios son incontables y de que siempre es posible una solución pactada, si todos colaboramos en el objetivo. En una palabra, *frente al realismo político del sentido común fatalista, la cultura pacifista de la triple comunicación abre*

las puertas a la esperanza, contextualizando los conflictos y sus causas hasta encontrar el reconocimiento de la dificultad y proponer una salida, al menos, de urgencia.

Nos preguntábamos al final del apartado anterior si contamos con algún dispositivo, instrumento o técnicas más cercanas que nos faciliten el tránsito de la cultura de la violencia a la cultura de paz? Intentaremos responder en el cuarto y último epígrafe del presente trabajo.

IV. EL INSTRUMENTO DE UNA ESCUELA DIALÓGICA. EL COMPROMISO PROFESIONAL

Si la violencia significa imposición, coacción, ofensa, autoritarismo, mal trato, injusticia en los comportamientos y en las relaciones humanas, parece claro que sus opuestos podrían dibujar los delineamientos de una estrategia de intervención en el campo profesional.

La escuela y la educación, en general, será una herramienta necesaria para colaborar en la solución de los conflictos. De hecho, son muchas las experiencias que se están llevando a cabo en los centros escolares con la loable intención de contribuir a la eliminación de la violencia en el propio seno escolar e, indirectamente, en el corazón del propio entorno o ámbito social. Nos referiremos, por la limitación de nuestro conocimiento, a las más conocidas por nosotros: los proyectos españoles. Sin pretender agotar las citas, por supuesto.

Autores como Rosario Ortega y Joaquín Mora Merchán (2000), en la Universidad de Sevilla; José Luis Sanfabián (2000) y su grupo, en la Universidad de Oviedo; Jesús Jares (2001) en Vigo; Fuensanta Cerezo (2001) en la Universidad de Murcia; Isabel Fernández (1998 y 2001) en Madrid; y otros varios son claros exponentes de la preocupación por el tema de la violencia y de la necesidad de crear un clima de convivencia en la aulas.

El Consejo Escolar del Estado Español (García Correa, A., 2001) ha celebrado en mayo del citado año, una reunión para el estudio que nos ocupa. El defensor del pueblo (www.defensordelpueblo.es) ha publicado un informe sobre la violencia en España. La Consejería de Educación y Ciencia de Andalucía (2001) ha publicado varios documentos sobre aprender a convivir en la escuela y ha sido la primera Comunidad Autónoma que ha puesto en marcha una continuada campaña a favor de una cultura de paz y no-violencia. Nosotros mismos estamos preparando en la Universidad de Valladolid un programa de intervención para prevenir y eliminar el maltrato escolar y el aprendizaje de la convivencia. Las líneas generales de nuestra propuesta son las siguientes:

1. Análisis de la situación. Descubrimiento de la problemática conflictiva.
2. Búsqueda de las causas que generan la problemática descubierta.
3. Valoración de los conflictos más graves y urgentes.
4. Actuación por parte de los intervinientes en el programa respecto a los distintos ámbitos donde puede ubicarse el conflicto.

5. Inserción e incidencia del programa diseñado en el proyecto educativo del centro donde se originen los conflictos.
6. Evaluación de la propuesta.
7. Reformulación de la misma a la luz de la evaluación precedente.

Las técnicas, que nosotros proponemos, por ahora, para el fomento de una escuela dialógica son:

- Análisis sociométricos para comprobar las relaciones interalumnos.
- Solución de problemas vía negociación.
- Ensayos de conductas positivas que se estimulan como incentivos para el bien obrar.
- Estrategias de estudio y concentración para ayudar a resolver las dificultades de aprendizaje, causa, muchas veces, de conductas indeseables.
- Estrategias para reconocer lo positivo del interlocutor o del compañero.
- Entrenamiento asertivo: vale más decir «¿podríamos colaborar juntos en hacer tal cosa» que aseverar «no sabes hacer nada bien, aprende de una vez».
- Autoobservación de los propios defectos y autorregistrarlos en alguna libreta o cuaderno personal.
- Aprender a autorregular las deficiencias caracterológicas.
- Estrategias de inversión de roles. Soy así de violento, voy a simular que soy capaz de ser más amable.
- Estrategias de trabajo cooperativo. Juntos aprendemos a socializarnos. En grupo aprendemos el autodomínio y respeto a los demás.
- Estrategias para hacer y recibir elogios.
- Formar grupos de discusión.
- Dramatización de conflictos para analizar sus causas y consecuencias.
- Técnicas de resolución de conflictos, usando el raciocinio y el diálogo.
- Uso de juegos no competitivos.
- Técnicas de autoestima.
- Organización de campañas sobre educación para la paz.
- Talleres sobre interculturalismo para comprender y respetar a los alumnos y personas de otras culturas, descubriendo lo positivo que siempre se encuentra en todas las culturas.

En pocas palabras, si se quiere eliminar la violencia en la sociedad, deberemos empezar por eliminarla en nuestros ambientes más próximos. Trabajar en la escuela para incrementar la convivencia contribuye a dos cosas: solucionar los conflictos internos e, indirectamente, los

problemas externos o aquellos que se dan fuera del entorno de las aulas. ¿Cómo? Cualquier programa y cualquier técnica viene a terminar en el diálogo, porque lo opuesto a la violencia es el entendimiento. Seguirá siendo verdad aquello que tantas veces nos dijeron nuestros padres: «hablando se entiende la gente». Si aprendemos a usar el diálogo, añadamos ahora.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANNAN, K. (1998). Año Internacional de la cultura de paz. *Resolución 52/15 del 15 enero de 1998*.
- BOOTH, K. (2002). Hacia una nueva cultura de paz. En Pureza, J. M. Recursos. *Boletín de AIPAZ*, 1, 2-3
- CEREZO, F. (2001). *La violencia en las aulas. Análisis y propuestas de intervención*. Madrid: Pirámide.
- CONILL, J. (2001). Aspectos éticos de la globalización. Justicia, solidaridad y esperanza frente a la globalización. *Documentación Social*, 125, 225-242.
- CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CIENCIA DE ANDALUCÍA (2001). *Plan andaluz de Educación para la Cultura de Paz y No-violencia*. Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Educación y Ciencia.
- DEFENSOR DEL PUEBLO (2000). *Informe del defensor del pueblo sobre la violencia escolar*. www.defensordelpueblo.es
- DELORS, J. (1996). *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana-UNESCO.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, I. (1998). *Prevención de la violencia y resolución de conflictos. El clima escolar como factor de calidad*. Madrid: Narcea.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, I. (Coord.). (2001). *Guía para la convivencia en el aula*. Madrid: Cisspraxis.
- FERNÁNDEZ, R. (2001). Tambores de guerra permanente en la gestión del capitalismo global. *Documentación Social*, 125, 301-337.
- FISAS, V. (1987). *Introducción al estudio de la paz y de los conflictos*. Barcelona: Lerna.
- GALTUNG, J. (1985). *Sobre la Paz*. Barcelona: Fontamara.
- GARCÍA CORREA, A. (2001). XII Jornadas de Consejos Escolares del Estado y de las Comunidades Autónomas. La convivencia en los centros escolares como factor de calidad. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 41, 282-287.
- HABERMAS, J. (1989). *Teoría de la Acción Comunicativa: complementos y estudios previos*. Madrid: Cátedra.
- JARES, J. (2001). *Aprender a convivir*. Vigo: Xerais.
- KANT, E. (1982). *La paz perpetua*. Madrid: Espasa Calpe.
- LEDERACH, J. P. (1984). *Educación para la paz*. Barcelona: Fontamara.
- MORIN, E. (1993). *Entrevista*.
- MORIN, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. París: UNESCO.
- ONU (1998). Año Internacional de la cultura de paz. *Resolución 52/15 del 15 enero de 1998*.
- ORTEGA, R. Y MORA MERCHÁN, J. (2000). *Violencia escolar. Mito o realidad*. Sevilla, Mergablum
- PALOMERO, J. E. Y FERNÁNDEZ DOMÍNGUEZ, M^a. R. (2001). La violencia en las aulas: un punto de vista global. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 41, 19-38.
- POSTMAN, N. (1999). *El fin de la educación*. Barcelona: Eumo-Octaedro.
- PUREZA, J. M. MARQUES DA SILVA (2002). *Para una cultura da paz*. Coimbra: Cuarteto.
- SAINT-ARNAUD, Y. (1981). Participación y comunicación de grupos. Madrid: Anaya.
- SANFABIÁN MAROTO, J. L. (2000). La escuela y la pérdida de sentido. *Revista de Educación*, 323, 9-28.
- SMITH, J. (1988). Investigación sobre la naturaleza y la causa de la riqueza de las naciones. 2 vols. Barcelona: Oikos-Tau.
- TAIBO, C. (2002). *Cien preguntas sobre la globalización*. Madrid: Punto de lectura.
- UNESCO (2000): *Informe sobre el desarrollo humano 2000*. (www.undp.org/Report1999)